

PARA CONFESARSE BIEN



ÁLVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

(Esta visión es un relato figurado que, no obstante, explica con precisión todo lo que Dios nos ha revelado, la Iglesia enseña y los santos aconsejan sobre la Confesión)

Yo, Héctor, quiero consignar aquí, para gloria de Dios y provecho de las almas, la visión que tuve acerca del sacramento de la Confesión y todo lo que se me enseñó en ella. Muchas personas dicen que no saben como confesarse o creen que no es necesario el hacerlo. Quizás este relato les ayude a comprender los grandes misterios que encierra este bendito sacramento y como aprovecharnos bien de ellos.

Era un día del mes de Noviembre. Aquella tarde me acerqué a la Iglesia con la intención de confesarme. Había varias personas esperando para confesarse. Entre ellas estaban dos amigos míos. Me dio mucha alegría encontrarlos allí. Después de la confesión decidí quedarme un rato en la Iglesia rezando. Antes de irme me pasé un momento para saludar al sacerdote. Entre bromas le dije:

-Estará hoy contento, padre. Por lo menos se han confesado unas nueve personas. ¿No es una alegría reconciliar a tanta gente con Dios?

-Así es. De todos modos lo de hoy no suele ser habitual. Mira: todas las tardes me pongo a confesar unas dos horas y media. Y te puedo decir que, como regla general, no confieso a más de siete personas a la semana.

Aquella respuesta me dio mucho que pensar. Sobre todo porque se trataba de una parroquia grande, con mucha gente.

Volví a casa dándole vueltas a todo el tema de la Confesión. Cené y me fui a la cama. Me puse a leer un libro para ver si cogía el sueño. Pero era inútil. Seguía pensando,

una y otra vez, en lo que me había dicho el cura. Yo creía que eran muchas las personas que se confesaban. ¿Era posible que este sacramento no fuera tan aprovechado?

Finalmente, dominado por estos pensamientos, empecé a quedarme dormido. Los ojos se me cerraban solos por el cansancio. Cuando he aquí que de repente, en una de estas cabezadas, sin saber cómo, me encontré en medio de una gigantesca plaza, en una ciudad desconocida para mí. Estaba completamente solo, sin que se viera a nadie por los alrededores. Asombrado me pregunté a mí mismo:

-Pero, ¿dónde estoy? Si hace unos segundos estaba en mi cama, a punto de dormir. ¿Qué lugar es éste?

Y por más que miraba y miraba aquel lugar era totalmente extraño para mí. Tras unos minutos, y pasada la primera impresión de sorpresa, quise investigar un poco. Todo era muy raro: la plaza era grandísima, como cinco campos de fútbol juntos. Pero no tenía ningún monumento, ni ningún banco, ni ninguna fuente. Las calles que la rodeaban tampoco tenían adornos. Cuanto más miraba más me extrañaba. De vez en cuando me pellizcaba para ver si estaba despierto o no.

Estaba dando vueltas por aquella plaza sin saber muy bien qué hacer cuando, de repente, por una de las calles, apareció un joven de unos catorce años. Vestía una túnica blanca y su cuerpo parecía emitir un leve resplandor. Al llegar junto a mí me dijo:

-Vamos, ven conmigo.

-¿Qué? -respondí un poco alterado- Perdona, pero...¿qué sitio es éste?

Por toda respuesta el joven, con decisión, me dijo:

-Es necesario que me sigas. Tengo que enseñarte una cosa.

Y sin más preámbulos comenzó a andar. Como no había nadie más por allí y aquel personaje misterioso me inspiraba confianza decidí seguirlo.

Iba muy rápido, con mucha seguridad, atravesando multitud de calles de aquella extraña ciudad. Mi incertidumbre iba creciendo conforme pasábamos calles y calles. Finalmente, tras mucho andar, al doblar una esquina, nos encontramos fuera de la ciudad.

-Mira -me dijo señalando.

Miré y me quedé sin palabras. Ante nosotros se levantaba una Iglesia enorme, la Iglesia más grande que nunca jamás hubiera podido imaginar. Sus muros tenían una altura de unos cincuenta metros. El ancho no podía medirse con la vista: era más grande que la ciudad que acabábamos de atravesar. Su aspecto era sencillo, pero al mismo tiempo con un aire de solemnidad y de recogimiento muy difícil de explicar. Los muros eran de un color azul que parecía resplandecer, dando al entorno el ambiente propio de los atardeceres. No tenía en el exterior ninguna estatua. Tan sólo torres por todos los lados y una multitud de vidrieras con forma de cruz.

-Vamos adentro -me dijo mi acompañante.

Entramos por una puerta gigantesca. Lo que vi dentro me dejó más sorprendido que el exterior: ¡aquel lugar estaba lleno de confesionarios! No había ninguna otra cosa. Ni altar, ni

velas, ni imágenes... solo confesionarios. No podía verse nada más. Por todas partes, en todas las paredes y columnas, había confesionarios, separados unos de otros por cinco o seis metros. La iglesia era tan grande que no creo equivocarme si afirmo que allí dentro habría más de ochenta mil confesionarios. Todos eran de madera y de color marrón oscuro y estaban coronados por un crucifijo.

-Acércate sin miedo -me dijo el joven.

Me di una vuelta por allí y pude comprobar que en todos los confesionarios había un sacerdote. También pude ver que en todos ellos, sin excepción, estaban esculpidas en la parte superior, en color oro, las siguientes palabras de Cristo: *A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se lo retengáis, les quedan retenidos (Jn 20, 22-23).*

En las columnas y en las paredes también había escritas frases. Todas estaban sacadas de la Sagrada Escritura: *Tus pecados quedan perdonados (Jn 7, 48). Por mi vida que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta de su conducta y viva (Ez 33, 11) Vuelve a tu Dios pues tus culpas te han hecho caer (Os 14, 2). Limpia de malicia tu corazón, Jerusalén, para que seas salva (Jr 4, 14). Volved al Señor vuestro Dios. Él es clemente y misericordioso, lento a la ira, rico en amor y siempre dispuesto a perdonar (Joel 2, 13) Si no os convertís todos pereceréis (Lc 13, 5)... Vi también que había muchas puertas en las paredes, puertas de unos tres metros de altura. Después de estar un buen rato observando todo aquello me acerqué al joven (no se había movido del lugar donde estaba) y le pregunté:*

-No sabía que existiera una Iglesia como esta. Es impresionante. ¿Me dirás ahora dónde estamos?

-Esta Iglesia que ves no existe. Lo que observas es un símbolo. Aquí tienes representados todos los confesionarios del mundo.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando se escuchó en todo el recinto un ruido ensordecedor.

-Observa ahora con atención -me dijo el joven.

Los efectos de una buena Confesión

Observé y vi que todas las puertas que estaban en las paredes se habían abierto. Eso era lo que había provocado aquel ruido. Entonces sucedió una cosa que no sé como explicar. De repente empezaron a entrar por las puertas miles y miles, millones y millones de personas. Eran de todo tipo y condición: niños, jóvenes, adultos, ancianos, hombres, mujeres... Lo que me llamaba la atención era el aspecto que traían: tenían las ropas desgarradas. Algunos despedían un olor muy desagradable. Otros iban dejando, allá por donde pasaban, como una especie de mugre asquerosa. Algunos parecían seres deformes. Otros, para gran repugnancia mía, llevaban la cara llena de gusanos. Por al lado mía pasó un joven de unos dieciséis años, con ropa totalmente destrozada, la cara mugrienta y las manos llenas de heridas. Cada uno de ellos se acercó a un confesionario. Era tanta la gente que pronto se formaron grandes filas ante casi todos los sacerdotes. Yo miraba muy pasmado toda aquella escena.

Me volví hacia mi acompañante como intentando pedir una explicación pero él, con un gesto de su mano, pareció indicarme que observara con más atención. Empecé entonces a dar vueltas por el recinto acercándome más a la gente. Pude darme cuenta de algunas cosas que no había visto a simple vista. Algunas de las personas llevaban en la cabeza como una especie de nube negra, que les rodeaba. Me di cuenta que esta nubecilla les causaba tristeza. Otros tenían las manos atadas por gruesas cadenas. Algunos estaban tan enflaquecidos y delgados que daba compasión su sola vista. Otros andaban encorvados, como si un gran peso los aplastara. Todos despedían mal olor pero había algunos, especialmente, que olían de una manera nauseabunda.

Después de estar por largo tiempo observando cosas parecidas regresé al lado de mi acompañante.

-Veo cosas horribles y no sé como interpretarlas. ¿Qué le sucede a toda esa gente?

-Todos los que ves aquí -me contestó- han cometido uno o varios pecados mortales. Por eso están así. El pecado mortal rompe la amistad con Dios y sume al hombre en la tiniebla y la oscuridad. El hombre, alejado de Dios, pierde la luz para las cosas sobrenaturales. No puede entenderlas. Ese es el significado de la nube negra que has visto en la cabeza de algunos. El pecado impide al hombre conocer la realidad de las cosas, la verdad de Dios.

-¿Y por qué algunos están enflaquecidos?

-El pecado debilita la vida espiritual. La deja sin fuerzas. Asimismo deja a la persona sin ninguno de los méritos que hasta entonces había adquirido. Mira a tu derecha.

Miré y vi a un hombre, de unos cuarenta y cinco años: estaba tan delgado que se le notaban perfectamente todos los huesos. Un escalofrió me recorrió el cuerpo.

-Has de saber que ese hombre llevaba, desde los veintidós años, acumulando muchos méritos delante de Dios por el buen uso que hacía de su dinero, dando con generosidad grandes limosnas. Pero ha tenido la desgracia de cometer un pecado mortal y ha perdido todos sus méritos.

Aquella revelación me espantó.

-¿Cómo? ¿Por un solo pecado mortal?

Mi acompañante, mirándome muy serio, me replicó:

-¿Un sólo pecado mortal? ¿Sabes tú acaso lo que supone un sólo pecado mortal? Si conocieras la grandeza de Dios y la ofensa tan grande que recibe con un sólo pecado mortal no te extrañaría nada de lo que ves.

Avergonzado, agaché un poco la cabeza. Pero enseguida noté que el joven me cogía la mano.

-Ven: Ahora debes ver algo que te impresionará.

Nos adentramos por aquella gigantesca Iglesia. Todos los confesionarios estaban rodeados de personas.

-Mira, acerquémonos a este mismo.

Nos acercamos a uno de los confesionarios. Habría unas doce personas haciendo fila para confesarse. En ese mismo momento se confesaba un hombre de unos treinta y ocho

años. Tenía la ropa desgarrada y además las manos llenas de lodo.

-Míralo atentamente.

Lo miré. El hombre estaba de rodillas, delante del confesionario, hablando con el sacerdote. Lo veía mover los labios pero no oía nada. El sacerdote escuchaba atentamente. Entonces fue el sacerdote el que empezó a hablarle. Tampoco oí nada. Estaba a punto de decirle a mi acompañante que por qué no seguíamos viendo el resto de la Iglesia cuando, de repente, el sacerdote, levantando su mano derecha empezó la fórmula de absolución. Entonces sí que escuche sus palabras perfectamente. Cuando dijo: *“Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”*, mientras trazaba la señal de la cruz sobre el penitente, sucedió una cosa increíble: aquel hombre, repentinamente, empezó a brillar. Sus ropas, hasta entonces desgarradas, se rehicieron milagrosamente, como si acabara de estrenarlas. El lodo que tenía en las manos desapareció totalmente. Cuando se levantó parecía otro hombre. Brillaba con tal intensidad que infundía alegría su sola presencia. Yo estaba maravillado.

-Pero... ¡qué cosa tan hermosa! ¿Cómo es posible?

-Estás viendo lo que no se puede ver con los ojos materiales. Estás viendo el interior de las almas, lo que sucede en las almas al confesarse. Mira.

Miré y vi que en el confesionario estaba ahora, de rodillas, una muchacha. Tendría unos diecinueve años. Llevaba puestas muchas joyas y collares: pero estaban inundadas de gusanos, lombrices, cucarachas y otros bichos asquerosos. Tenía la boca llena de una especie de mugre asquerosísima.

De ella salía como un humo negro de un olor tan espantoso que, al percibirlo, tuve que taparme con todas mis fuerzas la nariz.

-¿Te explico lo que ves? Esa chica tiene dos terribles pecados graves. El primero es haber abandonado a Dios por culpa de las vanidades del mundo. Dejó de rezar, de ir a la Misa del domingo... todo por culpa de centrar su corazón en las fiestas, en pintarse para estar guapa, en buscar la admiración de los demás. Se volvió hacia lo material y olvidó al Señor. Por eso lleva collares y joyas, símbolo de los bienes de este mundo, pero llenos de bichos, *porque lo que es estimable para los hombres, es abominable ante Dios (Lc 16, 15)*. El segundo es el pecado de blasfemia. Por eso tiene la boca así y despide ese olor.

Seguí mirando. Justo en el momento en el que el sacerdote trazó sobre ella la cruz mientras pronunciaba la fórmula de la absolución todas las joyas y collares infectados de gusanos cayeron a los pies de la muchacha. La mugre de la boca desapareció y el humo negro también. La chica se levantó radiante: brillaba con una luz hermosa, agradabilísima. Pude percibir un olor embriagador finísimo, como una mezcla de rosas y jazmines. ¡Aquello era como estar en el Cielo!

-Mira ahora el confesionario.

Miré. En esta ocasión estaba una anciana, de unos ochenta y dos años. Tenía la lengua partida en dos, como las serpientes y de su boca salían unas babas muy pringosas, parecidas a las que dejan las babosas a su paso.

-Esa anciana -me dijo el joven- tiene el pecado de la crítica, la murmuración y la calumnia. El calumniador es semejante a la oruga que, paseándose sobre las flores, deja su baba sobre ellas y las ensucia.

En cuanto recibió la absolución dejó de babear y su lengua se restableció.

-Mira con mucha atención al que viene ahora.

Miré y vi un hombre de unos cincuenta y cinco años. Tenía un aspecto horrible: era negro como el carbón y estaba deformado.

-Este hombre tiene muchos pecados gravísimos: ha sido infiel, ha robado a personas muy necesitadas, ha maltratado a sus padres e incluso ha asesinado a otro hombre. Lo que ves es el estado de su alma.

Miré con mucha atención para ver el efecto que producía en él la absolución. Cuando el sacerdote se la dio el hombre perdió toda la negrura que tenía. Las deformaciones que habían hecho de él casi un monstruo desaparecieron. Ahora estaba brillante, contento, deslumbrador...

-¿Cómo? ¿Todos esos pecados tan graves le han sido perdonados?

-Por supuesto. ¿Es qué no recuerdas las promesas del Señor a los que se arrepienten realmente y se confiesan: *Aunque vuestros pecados sean como púrpura, blanquearán como nieve; aunque sean rojos como escarlata, quedaran como lana (Is 1, 18)?*

La siguiente en acercarse era una mujer de unos cuarenta años. Estaba muy delgada, con la piel color ceniza, y andaba muy encorvada. Olía muy mal.

-Esa mujer tiene el pecado de haber faltado voluntariamente a la Misa del Domingo. Anda encorvada porque el peso de su mala acción le corroe la conciencia y no la deja en paz.

Cuando recibió la absolución le volvió el color a la piel y recuperó su peso normal. Brillaba con una luz muy intensa y se puso erguida, sin ningún tipo de encorvamiento. Salió del confesionario muy contenta: se notaba que se le había quitado un peso de encima. Me di cuenta que iba repitiendo, con gran alegría, unas palabras. Pude escucharlas. Eran éstas: *¡Qué grande es la misericordia del Señor y su perdón para los que se convierten a él!* (Si 17, 29).



-Éste es uno de los grandes efectos que tiene la Confesión -me dijo mi acompañante-, la paz interior que da. El saberse en amistad con Dios produce una alegría infinitamente superior a cualquier otra que pueda ofrecer el mundo.

Yo estaba admirado de todo lo que veía. Sin poder aguantar más dije en voz alta:

-¡Es increíble el poder que tiene la Confesión! ¡Es impresionante!

-Lo que estás viendo -me dijo el joven con rapidez- ya lo sabías por la fe.

-Sí, es cierto. Pero estoy admirado con lo que hace la absolución en las personas.

-Es el momento en el que el pecador contrito y convertido entra en contacto con el poder y la misericordia de Dios -explicó mi guía-. En aquel momento toda la fuerza de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo es comunicada al penitente: todo pecado, entonces, es perdonado y borrado por la misteriosa intervención del Salvador.

De repente me llamó la atención uno de los sacerdotes: pude observar que era él quién estaba negro y olía mal. No obstante, cuando dio la absolución, la persona que estaba confesándose con él se llenó de luz y alegría.

-¿Qué significa eso? ¿Ese sacerdote está en pecado?

-Si. Es un sacerdote que tiene cometidos varios pecados graves por faltas importantes contra su sacerdocio.

-¿Y aún así la absolución que da es válida?

-Por supuesto. Cada vez que un sacerdote da la absolución es Jesús mismo en persona quien la da a través suyo. No es el sacerdote el que perdona los pecados sino Jesús a través

del sacerdote. Por eso da igual si el sacerdote es un santo o un pecador: cada vez que da la absolución Jesús la da. Mucha gente ha dejado de confesarse porque dice: “Los curas tienen pecados como nosotros”. Han perdido la mirada sobrenatural sobre este sacramento. Diles que no miren al sacerdote: que atiendan solo al arrepentimiento y a hacer bien la Confesión. Dios no dejará de actuar. Por eso debe daros igual el sacerdote con el que os confesáis. Todos son válidos. Sólo cuando aparte de confesar buscáis algún consejo o guía espiritual debéis buscar un sacerdote piadoso, fervoroso y en plena obediencia a la voluntad de Dios y a la Iglesia, pues si pedís consejo a un sacerdote que vive a lo mundano o tiene confusión doctrinal seguramente os dará consejos equivocados e incluso perjudiciales.

En ese mismo instante pude divisar, a lo lejos, al hombre que antes habíamos visto tan delgado, el que había perdido todos sus méritos. Había recuperado toda su fuerza y se mostraba muy contento y feliz.

-¿Qué le ha pasado?

-También ha recibido en buenas disposiciones la absolución sacramental. Al hacerlo ha recuperado todos los méritos que había perdido.

Recordé entonces mi queja anterior y me llené de vergüenza. Mi joven acompañante, como si hubiera leído mis sentimientos, me dijo:

-Los juicios de Dios son siempre justos y buenos. Él castiga con rigor todo pecado. El que peca debe cargar con las consecuencias de su falta, pero si se acoge a la bondad y el

perdón de Dios nada tendrá que temer. La misericordia del Señor es mucho mayor que cualquier pecado.



Seguí observando a mi alrededor. Por todas partes veía gente que se levantaba de los confesionarios llena de luz, de felicidad, de paz...

-¿Ves los efectos que tiene una buena Confesión? -dijo el joven-. La Confesión perdona los pecados graves, devuelve la gracia divina al alma, reconcilia con Dios, devuelve los méritos perdidos, da fortaleza ante el pecado... La Confesión sana las heridas de vuestros corazones, purifica y lava las inmundicias, devuelve la paz a los conciencias... ¡Es un tesoro el que Jesucristo quiso dejaros con este sacramento! Y, créeme: son muy pocos los que se aprovechan de él.

Durante unos momentos permanecemos callados, observando el increíble espectáculo que aquel recinto ofrecía. Después quise acercarme más de cerca a otro confesionario para observar nuevamente el cambio tan maravilloso que

proporcionaba la absolución. Estaba confesándose un hombre que tenía los ojos en blanco y las orejas tapadas por una especie de mucosa sanguinolenta. Todo él estaba rodeado de una especie de masa viscosa verde. Iba a preguntarle a mi acompañante lo que significaba aquello pero me di cuenta de que no me había seguido: permanecía de pie, inmóvil, donde estábamos antes, mirando hacia otro sitio. Preferí no molestarlo, en aquel momento el sacerdote levantó la mano y empezó la fórmula de la absolución. Estaba deseando ver la belleza en la que quedaba esa alma pero me llevé un chasco grandísimo: no hubo ningún cambio en ella. Recibió la absolución y siguió igual: los ojos, las orejas, la masa viscosa... todo seguía de la misma manera. Me acerqué a mi acompañante asombrado:

-Allí hay un hombre que ha recibido la absolución y sigue igual. ¿Cómo es posible?

-Eso es porque no se ha confesado bien.

-Pero ha recibido la absolución...

-¿Y qué? ¿Qué crees? ¿Qué el sacramento es algo mágico? Dios no puede actuar por medio de la Confesión si el que se acerca a ella no hace bien lo que es su parte.

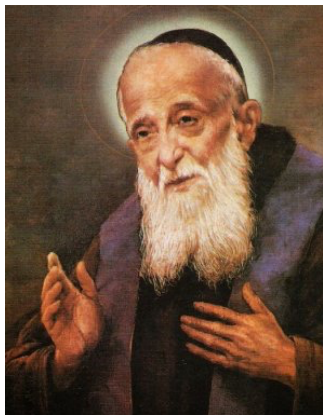
-Te ruego que me expliques a que te refieres. ¿Cómo es posible que algunos reciban la absolución y sigan igual? ¿En qué fallan?

-Se te explicará. Pero no seré yo quien lo haga. Mi servicio contigo ha terminado. Mi deber era tan sólo traerte aquí y mostrarle esto. Mira: allí está con el que ahora debes hablar.

Mientras decía esto señaló a uno de los confesionarios. En él no había ninguna persona. Entonces se abrió y salió de él

un sacerdote de baja estatura, muy anciano, de barba blanca. Iba vestido con el hábito de los frailes capuchinos y llevaba una estola morada.

San Leopoldo Mandic explica las malas confesiones



Conforme se acercaba más a mi me di cuenta de que una aureola muy luminosa le rodeaba la cabeza. Todo su aspecto inspiraba una gran paz y confianza. Quise preguntarle al joven quién era pero había desaparecido de mi lado. Por fin el sacerdote llegó hasta mí. Con una leve inclinación pareció saludarme.

-¿Quién eres? -le pregunté

-Soy Leopoldo Mandic. Me han enviado para que te aclare con exactitud lo que estás viendo en este templo.

Empecé a recordar: "Leopoldo Mandic". Sí: había oído hablar de él. Era un santo que había vivido en Padua. Se hizo famoso por su incansable labor en el confesionario. Acudían a confesarse con él gentes de todas partes.

-Mi acompañante me ha dicho que me iban a explicar el por qué algunos, aunque se confiesan, siguen igual, con los mismos pecados.

San Leopoldo, con una sonrisa inefable, me dijo:

-Así es. Para eso he venido. Dime, ¿qué se requiere para confesar?

-¿Qué se requiere?... Pues... no sé. Ahora mismo no sabría decir...

-Vamos, vamos. ¿No te han enseñado nunca los cinco pasos que hay que seguir para hacer una buena Confesión?

-¡Ah, sí, claro! Los cinco pasos: examen de conciencia, dolor de corazón, propósito de enmienda, confesar los pecados y cumplir la penitencia.

-Exactamente. Pues por no hacer bien alguno de esos pasos la confesión es inválida. No tiene ningún efecto. ¿Quiere verlo mejor?

-Sí, por favor.

-Empecemos por el examen de conciencia. Mira.

Miré hacia el lado que me señalaba el fraile. Allí, en una pared, apoyados en ella, había dos hombres mayores, un joven y tres mujeres de mediana edad. Parecían estar pensando.

-Todos esos -me dijo San Leopoldo- van a confesarse ahora mismo. Están haciendo su examen de conciencia.

Volví a mirarlos. Seguían pensativos, cada uno a lo suyo. Al rato el joven se acercó a una de las filas de penitentes. Poco después dos de las mujeres también. Pronto le siguió uno de los ancianos...

-Esas personas -me dijo el santo- están haciendo correctamente su examen de conciencia. Están pensando desde su última Confesión lo que han hecho, lo que no han hecho, en qué han ofendido a Dios... Se preparan con tranquilidad, sin precipitarse. Ahora observa aquella puerta.

Miré y vi a un hombre que entraba apresurado. Apenas hizo la señal de la cruz se puso en la fila de uno de los confesionarios.

-Ese hombre -me dijo San Leopoldo- no ha preparado bien su examen. Se ha colocado en la fila, cuando ya está a punto de confesarse, y ahora es cuando se pone a recapacitar en sus pecados. Ese hombre va a hacer una confesión inválida: no ha puesto empeño en conocer el estado de su alma. Dirá tres o cuatro cosas muy generales y ya está.

Yo observaba detenidamente la escena. Y así fue: le tocó el turno de confesarse y, al recibir la absolución, se levantó exactamente igual que cómo venía, con la misma suciedad.

-Esto es lo triste -dijo San Leopoldo apenado-: la mayoría de los cristianos cometen muchos pecados que después echan en el olvido. Y al confesarse se quedan muy satisfechos si sólo dicen los que en ese mismo momento les van viniendo a la memoria. Con esto no declaran ni la mitad de los pecados que tienen. Semejantes confesiones no valen nada y mejor sería no hacerlas.

-¿Y cual es el remedio?

-Hacer bien el examen de conciencia. No dejarlo para el último momento. Pedir luz a Dios para que nos ayude a recordar todos nuestros pecados. Ir viendo cada uno de los mandamientos de Dios, para ver si hemos faltado en algo contra ellos. Recordad nuestros deberes. Si es necesario usar algunos libros o folletos que traen un examen de conciencia detallado...

-¿Cuánto debe durar el examen?

-No hay una regla fija. Cada uno lo que necesite. Basta que se haga con esmero, es decir, que el individuo ponga atención en recordar todos los pecados cometidos a partir de la última Confesión bien hecha. El que lleve mucho tiempo sin confesarse deberá examinarse más cuidadosamente. Pero vamos ya con el segundo paso: el dolor de corazón. Mira allí.

Miré y vi a una chica de unos diecisiete años. Estaba de rodillas, delante de una pared, llorando. En la pared podía leerse: *Que el malvado abandone su camino, y el criminal sus planes; el Señor se apiadará de él, si se convierte, si se vuelve a nuestro Dios, que es rico en perdón (Is 55,7).*

-Esa chica esta pensando en el amor tan grande que Dios nos tiene y en la ofensa que ella le ha hecho con sus pecados. Se duele auténticamente de sus faltas. Tiene un verdadero arrepentimiento. Otras personas, en cambio, cuando van a confesarse, no se duelen nada de los pecados cometidos. Es un error. Este es el paso más importante y necesario para la Confesión tenga un buen efecto. Si se hace bien este paso los que siguen después también se harán bien. Si se hace mal los que siguen también se harán mal.

Como yo veía que la chica lloraba pregunté:

-Pero, para que el dolor sea auténtico, ¿es necesario llorar?

-No, no. Ni siquiera es necesario sentirlo. Hay personas que no sienten de manera sensible el dolor de sus culpas. Que no se preocupen. Lo importante es arrepentirse de ellas.

-Y para los que no sienten sensiblemente ese dolor, ¿cómo les puede quedar la seguridad de que tienen verdadero dolor de sus pecados?

-Hay un método infalible: si están arrepentidos, les gustaría no haber pecado y están dispuestos a perderlo todo antes que volver a ofender a Dios, pueden estar seguros de que su dolor es verdadero. El tercer paso, el propósito de enmienda, te lo comentaré un poco después. Vamos al cuarto: la confesión de los pecados. Mira a esos penitentes de ahí.

Me señaló unos cuantos confesionarios. En ellos estaban varios hombres y mujeres. Hablaban mucho con el sacerdote.

-¿Los ves? Todos ellos están confesándose mal.

-¿Por qué?

-Porque no confiesan sus culpas con brevedad, humildad y sinceridad. Mira: ¿ves a esa ancianita de ahí?

-Si.

-Ha empezado su confesión de esta manera: "Padre, yo voy a misa todos los días. No digo blasfemias, ni juro, ni robo" Bueno, ¿y todo eso para qué? El confesor no está para oír nuestras buenas obras ni nuestros méritos. Otros, más que confesarse van a excusarse: "Padre, he hecho tal cosa, pero ha sido por esto y por lo otro...", o a acusar a otros: "Padre, fulanito de tal hace esto, y me pone de los nervios..." Estos defectos son muy comunes en las confesiones.

Yo estaba avergonzadísimo con estas palabras porque nunca había pensando en estas cosas y reconocía muchos fallos parecidos en mis confesiones pasadas.

-Mira a ese hombre que está confesando ahí. Su confesión ha sido: "Padre me acuso de no amar lo suficiente a Dios". Esto también está mal. No hay que confesar cosas tan generales y tan imprecisas. Hay que confesar pecados concretos. Mira a tu izquierda.

Miré y vi una señora que se confesaba.

-Mira y comprueba cuanto tiempo dura.

Estuve mirando hasta que hubo terminado. Fueron más de veinte minutos.

¿Crees que esos minutos han sido de confesión? ¡Que va! Sus pecados los podría haber dicho en dos o tres. El resto ha sido una larguísima explicación de todas las penas que tiene en su vida. El sacerdote hace bien en atenderla con paciencia y no despedirla, pero ella lo hace mal pues no se acerca a este sacramento con una mirada sobrenatural sino con una mirada natural, buscando no el consuelo de Dios sino el consuelo del hombre. Por este motivo muchas personas no obtienen paz de espíritu y profunda felicidad al confesarse: porque lo consideran un ejercicio de psicología, un encuentro con un sacerdote y no un encuentro con Dios. El confesonario es un lugar sagrado, el lugar del encuentro con el perdón de Dios. El que se confiesa debe decir con brevedad sus fallas, añadiendo los detalles que aclaran la gravedad del pecado. No debe hablar de cosas innecesarias y ajenas a la Confesión. No debe mirar al sacerdote sino pensar en Dios que actuará a través de sacerdote. Si tiene algún asunto que consultar al sacerdote ajeno a la Confesión puede hacerlo después, en otro momento.

Yo intentaba guardar en mi memoria todo lo que San Leopoldo decía, pues veía la utilidad de sus consejos para perfeccionar mis confesiones y hacerlas más verdaderas.

-El quinto paso es cumplir la penitencia. Ha de hacerse lo más rápido posible, a fin de que no se olvide.

En aquel momento me acordé de una duda que en cierta ocasión me había propuesto un amigo mío.

-¿Y qué pasa si el penitente no se ve capaz de cumplir la penitencia que le mandan?

-En ese caso debe decírselo al confesor en ese mismo instante, o buscarlo otro día para que se la cambie por otra. Si le es imposible o muy difícil acudir al confesor que se la impuso puede acudir a otro para que se la cambie. Pero debe hacerlo movido, no por pereza ni comodidad, sino por humildad y porque realmente le sea muy difícil cumplir la penitencia.

Confesiones inválidas por no hacer bien el propósito de enmienda

Justo en aquel momento paso al lado mía un hombre joven, de unos veinticinco años. Detrás de él iba un enorme gato negro, dos veces más grande de lo que suelen ser. Me asusté y agarré a San Leopoldo del hábito.

-¿Qué es eso?

-Es el demonio. Ese joven acaba de confesarse, pero su confesión ha sido inválida. Ha fallado en el propósito de enmienda. Ya tiene al demonio detrás suya, porque hoy mismo va a cometer el mismo pecado que ha confesado. *El diablo ronda como león rugiente, buscando a quien devorar (1P 5, 8).*

El joven salió por una de las puertas y le perdí la vista. El gato le pisaba ya los talones.

-Voy a enseñarte ahora -me dijo San Leopoldo- los fallos

que se cometen en el propósito de enmienda. No te los he mostrado antes porque quería detenerme un poco más en ellos. Son dos. Por causa de estos fallos son inválidas una gran mayoría de confesiones. Mira allí, en aquel confesionario.

Miré y vi a un hombre, de unos treinta y siete años, arrodillado. Mostraba una gran preocupación en el rostro y hablaba constantemente con el sacerdote.

-El primer fallo -me dijo San Leopoldo- es la falta de firmeza en el propósito de enmienda. Cuando uno se arrepiente de sus pecados debe tener la firme resolución de no volver a cometerlos jamás, le cueste lo que le cueste.

-¡Pero no siempre es así! -protesté-. Muchas veces, aunque uno está arrepentidísimo, vuelve a caer en lo mismo.

-Si, si -me dijo San Leopoldo con el rostro serio-. El Señor ya sabe que somos débiles. Pero no es éste el fallo. Lo que hace inválida una confesión es que el penitente se acerque al confesionario con la idea de que su caída va a ser inevitable, de que a pesar de la Confesión va a caer. Mira al hombre que te he señalado. Le está diciendo al confesor: "Padre, yo no quisiera ofender al Señor, pero mi propia debilidad me va a hacer caer... me es muy difícil...". Esos *quisiera, quisiera*, demuestran que el propósito no es verdadero.

-Entonces, ¿cuál es el propósito verdadero?

-El que incluye la firme resolución de no pecar aunque tenga uno que sufrir lo que sea para evitarlo.

-Pero a veces se puede caer otra vez en lo mismo...

-Si. Pero es porque olvidan los firmes propósitos y no acuden a Dios. Porque el Señor, por terribles que sean nuestras circunstancias, y por muy débiles que seamos,

siempre está dispuesto a ayudarnos para que no pequemos. Y mayor es su poder que el de nuestras debilidades. *Dios a nadie obligó a ser impío, a nadie dio permiso para pecar (Si 15, 20)*. San Pablo decía: *Todo lo puedo con Aquel que me da fuerzas (Flp 4, 13)*. Siempre queda el recurso de pedir a Dios ayuda por medio de la oración, pues es verdad que el hombre, con solas sus fuerzas, no puede triunfar plenamente.

-Hay personas que rezan y aún así caen...

-Porque deben insistir en la oración, mientras insista la tentación. *Fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas (1 Cor 10, 13)*. No hay excusa pues el que acude a Dios recibe de Él ayuda para no perecer. El que peca, peca por su culpa: o no quiere pedirle ayuda a Dios o no quiere servirse de la ayuda que Dios le manda.

Aquellas enseñanzas me parecían tan valiosas que deseaba encontrar algún papel por allí para poder apuntarlas.

-¿Qué buscas? -me preguntó el santo al verme inquieto, mirando de un lado a otro.

-Busco algo para apuntar las cosas que dices. No quiero olvidarlas...

-No te preocupes por eso ahora. Cuando vuelvas en ti recordarás todo. Ahora quiero enseñarte el segundo fallo que se comete en el propósito de enmienda. Mira allí.

Me señaló tres confesionarios. En uno de ellos había un hombre de unos cuarenta años, en otro un chico de unos veintiuno y en el otro una chica de unos dieciséis.

-Escúchame. El segundo fallo es no romper con las ocasiones de pecado. Si uno no rompe con aquellas cosas que te llevan al pecado es inútil que se arrepienta, que haga

propósito de enmienda... volverá a caer. Mira: el hombre tiene el vicio de la borrachera. El chico comete actos impuros y la muchacha ha tomado drogas. Los tres están arrepentidos de sus pecados. Pero no rompen con las ocasiones: el hombre guarda en su casa varias botellas. El chico tiene en su habitación películas pornográficas y revistas eróticas. La chica cayó en las drogas por juntarse con unas malas compañías que la llevaron a eso. Ninguno de los tres está dispuesto a romper con esas ocasiones. Por eso su Confesión es inútil. Recaerán una y otra vez mientras tengan a mano lo que les lleva al pecado.

-¿Qué deben hacer?

-Tienen que ser fuertes y romper firmemente con la ocasión de pecado. Hay que hacer desaparecer las botellas, romper las revistas eróticas, no salir con amistades que te llevan por caminos equivocados...

-Pero quizás, aunque no rompan con todo eso, si se proponen ser firmes y fuertes...

-Toda nuestra fortaleza viene a ser nada si no dejamos la ocasión. De hecho al demonio no le impresionan nada nuestros propósitos, promesas, juramentos... le tienen sin cuidado. A él le basta que no abandonemos la ocasión: porque sabe que así seguiremos pecando. La ocasión es como una venda en los ojos, que no nos deja ver nada: ni Dios, ni alma, ni Cielo, ni Infierno... No hay otro remedio que romper definitivamente con todo lo que nos lleva al pecado.

-Pero a veces eso puede suponer un gran esfuerzo...

San Leopoldo no contestó. Me miro fijamente, muy serio. Al rato dijo muy lentamente, como queriendo que se me

grabaran las palabras en mi corazón, estas dos sentencias de Jesucristo: *Si, pues, tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida manco o cojo que, con las dos manos o los dos pies, ser arrojado en el juego eterno* (Mt 18, 8). *Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y que angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que lo encuentran* (Mt 7, 13-14).

Después se apartó un poco de mi y se quedó a unos metros. Parecía estar pensando algo. Yo por mi parte, le daba vueltas a todo lo que me acababa de decir.

Las confesiones sacrílegas

Un olor nauseabundo interrumpió mis reflexiones. Me di cuenta que procedía de un hombre, de unos treinta años, que estaba confesándose en el confesionario más cercano a mí. El hombre tenía la piel totalmente reseca: algunos trozos parecían estar desprendiéndose, como si estuviera mudando.

Me llamó la atención una cosa: el olor se iba haciendo más intenso conforme avanzaba la Confesión. Llegó el momento del perdón de Dios. El sacerdote levantó la mano y empezó la fórmula. Entonces sucedió una cosa inesperada. Justo cuando el sacerdote terminó la fórmula de la absolución una especie de barro negrísimo, y de un olor insoportable, empezó a cubrir la piel de aquel hombre. Se levantó de allí con un aspecto más horrible y repugnante que al principio y así, en ese estado, salió por una de las puertas de la Iglesia. Asombradísimo corrí hacia San Leopoldo:

-¡Mira!... ¡Mira esto!... ¡Allí!... ¡Allí!... Un hombre ha recibido la absolución y no ha quedado limpio... Todo lo contrario... ¡ha sido espantoso!...

El santo dejó que me calmara un poco, pues estaba muy impresionado. Luego me dijo:

-Eso que has visto es una confesión sacrílega.

-¿Una confesión sacrílega?

-Sí. No sólo no se le perdona ningún pecado de los que ha confesado sino que comete uno nuevo: el pecado de sacrilegio, muy grave.

-¿Por qué?

-Por haber hecho la Confesión mal a sabiendas. Si el que se confiesa lo hace por quedar bien ante confesor, o por otros motivos ocultos y oscuros, y no por usar este magnífico don del Cielo, comete sacrilegio, por usar mal una cosa sagrada. Si el que se confiesa no se arrepiente de verdad, de tal modo que guarda el deseo de cometer los mismos pecados cuando pueda, comete sacrilegio. Pero sobre todo hay una causa por la que muchísimas confesiones son sacrílegas.

-¿Cuál es?

-El que calla un pecado mortal al confesarse. Hay muchos que, por vergüenza, por no quedar mal ante el confesor, por decir: "que va a pensar de mi el sacerdote si le digo esto", o por no estar de acuerdo con algún mandamiento de Dios, callan a sabiendas algún pecado mortal en su Confesión. Esas confesiones son sacrílegas: no se les borra ninguno de los pecados que hayan cometido. Es más: tienen uno nuevo, gravísimo. El pecado de sacrilegio.

-¿Eso es lo que ha pasado con ese hombre?

-Exacto. Tenía cuatro pecados mortales. Pero uno de ellos, por vergüenza, lo ha callado. Ha cometido sacrilegio.

-No creo que esto sea muy común...

Entonces San Leopoldo me miró con cara de lástima. Vi como sus ojos se enrojecían y empezaban a llorar.

-¿Qué no es común?... ¡Oh, pobre criatura!... He de revelarte que una gran mayoría de confesiones que se hacen actualmente son sacrílegas por este motivo. Dilo, dilo cuando vuelvas: que los que se confiesan no callen nada, que muestren todo su pecado sin temor... Es la única manera de obtener el perdón de Dios y la paz Íntima del alma.

-¿Cuáles son los pecados que más se callan en la Confesión?

-Los pecados cometidos contra el sexto y noveno mandamiento.

-¿Qué hacer si uno ha cometido una Confesión sacrílega?

-Debe confesarse otra vez, haciéndolo bien. Ninguno de los pecados de la confesión sacrílega quedó perdonado. Hay que confesarlos nuevamente. Hay que confesar el pecado de sacrilegio.

De repente se escuchó un ruido en todo el templo grandísimo. Yo me asusté un poco. San Leopoldo miró hacia arriba. Luego me dijo:

-Se nos acaba el tiempo. Deprisa, pregúntame lo que quieras.

No sabía qué decir. ¡Tenía tantas dudas y tantas preguntas que hacer!

-Vamos dime, pregúntame. Queda poco.

-¿Qué debo decir a la gente?

-Que aprecien el sacramento de la Confesión. Los que llevan muchos años sin confesarse deben hacerlo sin demora, sin poner excusas. Es absurdo tener una medicina tan poderosa a mano y no usarla. Nadie sabe cuando le llegará la hora de pasar a la eternidad. Conviene estar preparado.

-¿Qué le digo a mis amigos creyentes?

-Que se confiesen, bien, con frecuencia, aunque no tengan pecados graves. El que se confiesa con frecuencia tiene más luz y más fuerza para caminar junto a Dios. El que se confiesa con frecuencia siempre tiene limpia el alma. Cuando muera irá directo al Cielo o pasará muy poco por el Purgatorio.

-¿Qué frecuencia?

-A la Santísima Virgen María le agradan mucho las almas que se confiesan una vez al mes.

De repente se escuchó otro ruido ensordecedor que hizo temblar todo el templo. Entonces sentí una sacudida en mi cuerpo y toda la visión desapareció. Me encontré nuevamente en mi habitación, en mi cama. La impresión de lo que había visto y oído era tan fuerte que recordaba perfectamente todos los detalles.

Los escribí inmediatamente, esa misma noche, pues ya no pude volver a dormir. Estas páginas que tienes en tus manos son lo que entonces escribí. Quiera Dios que puedan servir para ayudarnos a valorar y vivir cada vez mejor ese inmenso regalo que supone el Sacramento de la Confesión, tan olvidado y despreciado por los cristianos.



Escanea este código QR para acceder a un examen de conciencia que puede ayudarte a preparar la confesión



Encuentra más contenidos que pueden ayudarte en:

* www.consagrationalavirgen.com

* Canal de Youtube ADJEMA (*Ad Jesum per Mariam*)